

De los saberes ancestrales a la enseñanza cotidiana. Saberes, prácticas y premoniciones sociales en relación con los refranes.

Ariel Triana González.

Cita:

Ariel Triana González (2019). *De los saberes ancestrales a la enseñanza cotidiana. Saberes, prácticas y premoniciones sociales en relación con los refranes. XXXII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Lima.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-030/1279>



De los saberes ancestrales a la enseñanza cotidiana. Saberes, prácticas y premoniciones sociales en relación con los refranes.

Ariel Triana González

Resumen

El presente trabajo trata de abordar ¿por qué ciertos saberes ancestrales tienen tanto valor para algunas culturas?, ¿qué hace que estos preceptos se cumplan en la realidad social?, ¿quiénes son los portadores de estos saberes?, ¿pueden equiparse a leyes universales?, y ¿qué origen, valor y función tienen en la sociedad?

A partir de la sociología del conocimiento y la sociología de la cultura se pretenderá dar una explicación de cómo se legitiman ciertos conocimientos ancestrales, y a partir de las aseveraciones se planteará el probable de cómo se cumplen estas premoniciones sociales en prácticas tanto sociales como individuales. Estas aseveraciones están contenidas en amplios repertorios de mitos, refranes, profecías, cuentos, canciones, frases e historias contadas de generación en generación; esto nos permitirá observar cómo la gente cree y reproduce estos conocimientos guardándolos en su memoria colectiva y reproduciéndolos en su hablar cotidiano.

El objetivo de este trabajo es el de dar una explicación sociológica de la veracidad de los saberes ancestrales representados en los refranes; por lo tanto, se alejará de los preceptos lingüísticos y no los tomará en cuenta para tal uso.

Palabras clave

Saber ancestral; Cumplimiento; Refranes; Legitimación.

Función y origen de los saberes ancestrales. Una percepción sociológica de la construcción de la realidad

Todas las sociedades se constituyen a base de sus tradiciones y costumbres; forjadas a través de las experiencias de sus ancestros y que son transmitidas de generación en generación. Es en base a sus saberes, se conforman una serie de conocimientos que son propicios para la vida cotidiana como guía práctica del mundo; cuyo valor se encuentra almacenado en la memoria de todos y, por tanto, “entendemos mediante la expresión «contenido del saber cotidiano» la *suma de nuestros conocimientos* sobre la *realidad* que utilizamos de un modo efectivo en la vida cotidiana del modo más heterogéneo” (Heller, 1977, p. 317).



El mundo en sí mismo se nos presenta como algo caótico y casi inexplicable al ojo humano. Es impresionante pensar como los primeros hombres en la Tierra llegaron a tener tales conocimientos; y contrastándolo con nuestra época es sorprendente hacer la comparación de lo que ellos lograron construir a los que nosotros tenemos ahora. Es así, que las imágenes de la realidad se nos presentan como un conjunto de posibilidades que nos son transmitidas, heredadas y recordadas, formando así una memoria colectiva. Continuando con Halbwachs podemos asumir que:

"...nuestros recuerdos siguen siendo colectivos, y nos son recordados por los otros, incluso cuando se trata de acontecimientos de los que solo nosotros hemos participado y de objetos que solo nosotros hemos visto. En realidad, nunca estamos solos. No hace falta que otros hombres estén allí, que se distingan materialmente de nosotros: porque siempre llevamos con nosotros y en nosotros una cantidad de personas diferentes" (2010, p. 64).

Nuestros pensamientos individuales se convierten en pensamiento colectivos cuando los contamos, eso hace que el emisor del mensaje lo relacione con su propia experiencia o su previo conocimiento y se sienta familiarizado con lo que le decimos; eso produce una vinculación y comprensión entre las experiencias previas y las experiencias narradas, haciendo que cobren sentido.

Todo esto en conjunto son las representaciones de una comunidad, y van a ser heredadas para poder mantener el orden preestablecido de la realidad. El mundo cobra un sentido práctico y lógico antes los ojos de quienes lo experimentan. Ante esto, se empieza a gestar el proceso de socialización, donde los individuos a partir de sus interacciones conforman una realidad plausible.

"Cada sociedad que pervive en el tiempo afronta el problema de transmitir a las generaciones siguientes sus significaciones objetivadas. Este problema se resuelve por medio de los procesos de socialización, es decir, los procesos por los que cada nueva generación es enseñada a vivir según sus reglas y programas institucionales de dicha sociedad. La socialización puede, por supuesto, ser descrita psicológicamente como un proceso de aprendizaje. La nueva generación es iniciada en los significados de la cultura, aprende a participar en las labores establecidas y a aceptar tanto los papeles como las identidades que configuren su estructura social". (Berger, 2006, p. 32).

Al tener tanto valor en la sociedad empiezan a cobrar legitimidad, continuando con Berger asumimos que: "Por legitimación se entiende un «conocimiento» socialmente



objetivado, qué sirve para justificar y explicar el orden social (...) las legitimaciones son las respuestas a cualquier pregunta acerca del «porqué» de cada distinta solución institucional (...) Pertenecen al campo de las objetivaciones sociales” (ibid.). Posterior a eso, las nuevas generaciones tienen la obligación de mantener las formas que les fueron enseñadas; pero, el hombre es un ser histórico, que también cambia las estructuras que le fueron impuestas (no siempre de forma consiente), lo que obliga a volver a enseñar a las nuevas generaciones; y esto conlleva a que ellas mantengan las nuevas formas y se sigan prevaleciendo. Si una estructura prevalece a través del tiempo, no solo es por el carácter impositivo de la sociedad, sino también, por su carácter funcional, es decir, que, dentro de su sistema, la comunidad sigue legitimando el conocimiento que le es útil. Esto se puede ver en las tradiciones sociales de cada sistema específico, geográfico y temporal. A toda esta suma de conocimientos solemos llamarle *Folklore*.

“El folklore dentro del conjunto de los hechos colectivos representa el aspecto conservador del grupo, tiene una función o una misión conservadora. Esta función resulta de sus características: vive hoy, pero mira hacia el pasado. Recoge los hechos del pasado para revivirlos en el presente; pero está el folclor siempre vinculado al aspecto conservador del grupo, a lo que viene por obrar del tiempo y llega hasta nosotros. Se vincula ese hecho tan característico que es lo tradicional; es parte de la tradición misma”. (Poviña, 1944, p. 1581).

Con lo anterior, podemos afirmar que el conocimiento es expresión de la actividad humana, lo que lo hace eminentemente social; ya que trata de recopilar y almacenar las experiencias de los agentes que intervinieron, todo para que pueda reproducirse en el actuar de los individuos presentes y futuros, generando en ellos una serie de expectativas que les ayuden en la resolución de sus problemas cotidianos. Parsons subraya en relación con las experiencias y las expectativas que:

“La organización de los elementos de la acción...es, sobre todo, una función de la relación del actor con su situación y la historia de esa relación, en el sentido de «experiencia» (...) el actor desarrolla un sistema de «expectativas» en relación con los diferentes objetos de la situación. Estas pueden encontrarse estructuradas solo en relación con las propias disposiciones de necesidad del ego y con la posibilidad de gratificación o privación dependientes de las diferentes alternativas de la acción que el ego pueda emprender...consiste en la reacción probable del alter a la acción posible del ego; reacción que puede anticiparse y, por ello, afectar las propias elecciones del ego”. (1966, p. 24-25).



Las experiencias y las expectativas forman un lazo inquebrantable que les permite a los individuos poder manejar a ciertas situaciones. Sin embargo, nos surge una duda; si el conocimiento es social y todo lo que emana en él les permite actuar el mundo cotidiano, ¿quién o quiénes fueron los creadores de estos saberes? Es evidente que mencionar personajes específicos es algo imposible. Pero sabemos que son los hombres quienes producen el conocimiento. Gastón Soublette Amussen nombra a estos hombres anónimos en la historia como *El sabio popular*, y dice que es: “un tipo humano que ha estado presente en todas las culturas que registra la historia. es él quien ha conservado, cuidado y transmitido la sabiduría que ha sido el soporte de los usos y costumbres de las comunidades populares (...)” (2016, p. 235). Podemos asumir que estos personajes son producto labor practica y teórica del mundo. No solo construyen este conocimiento si no que transmiten y heredan. El mundo cobra un sentido teleológico y coherente para sus miembros. A este sabio popular le llamaremos *ancestro*.

Los ancestros son hombres del pasado que nos otorgan su sabiduría y sus experiencias, cuyo discernimiento tiene validez y vigencia. Los nuevos portadores de este conocimiento son llamados *herederos*. Todos somos herederos de conocimientos, pero por condiciones estructurales y jerárquicas de la sociedad puede variar esta recepción de conocimientos, ya sea: de su edad, de la época, de la división del trabajo, etc. Podemos observar que, en una tribu, el chamán es la persona que tiene el conocimiento sagrado, espiritual y curativo; mientras que en la iglesia católica son los sacerdotes y sumo pontífice; o sin ir tan lejos, en la mayoría de las sociedades los ancianos son los principales acarreadores de sabiduría ancestral. Aunque muchos porten el conocimiento, no todos crean conocimiento ancestral, tanto en su forma teórica como practica; mientras que la mayoría heredan y conservan tales formas, otros se dedican a conservar y preservar el orden de los ancestros.

Antes de seguir adelante, debemos enfatizar que, aunque todo saber fue construido a través de la experiencia empírica, hay ciertos saberes que forman parte de otro nivel, que no siempre está a la vista, pero que existen “En cuanto conjunto de conocimientos prácticos, los saberes ancestrales se tornan elementos culturales, ya que reflejan las formas de vida de un grupo que representa no unidad sino pluralidad” (González Acosta, 2015, p. 11)., continuando “Se trata de un entramado que ha tenido su inicio vinculado con una historia activa que es a la vez continente y contenido, en ella se consolidan como componentes de la cultura popular” (ibidem). A partir de esto, conviene distinguir a los saberes ancestrales en cuatro formas, que son: *saberes prácticos fácticos*, *sabres*



morales, saberes teóricos y los saberes de praxis. El primero se entiende capacidad hábil de ejecutar ciertas acciones materiales, por ejemplo: arar la tierra o los oficios como carpintero, zapatero o panadero, etc. cuyo valor se encuentra en cómo se hacen y la cantidad de prueba, error y experimentación para obtener resultados. El segundo son todas las normas morales institucionalizadas en la sociedad para dictaminar el comportamiento de las personas. Los modales y las buenas costumbres son un buen ejemplo de esto. El tercero se refleja en el lenguaje y en el habla. Son los mitos, las leyendas, los proverbios, los adagios, etc. Estos saberes no son puros en su concepción; estos se pueden mezclar entre sí para formar los saberes de praxis; Prueba de ello son los saberes medicinales, ya sea empleado por un chamán, una bruja o un médico profesionalista, todos ellos cumplen una función que es curar a los enfermos; o los rituales, que tienen una explicación ontológica de forma teológica, pero son expresados en ceremonias como la eucaristía o el bautismo.

Los saberes ancestrales es la acumulación de conocimiento recabado a partir de las experiencias de los ancestros, dividido entre los saberes prácticos, teóricos, de valores y de praxis; y que van a ser entregado a los herederos para que puedan desempeñarse en sus labores cotidianas y extracotidianas. Su valor y legitimidad recaen en su eficacia, imponiéndose como una forma de estructura práctica y funcional que mecaniza el actuar de la sociedad. Una vez institucionalizado y legitimado, conforman el devenir social representado en el folklore, estableciendo las pautas culturales y las tradiciones implícitas en cada sociedad específica. Es un saber que integra a todos los involucrados, haciendo que se sientan pertenecientes al grupo. No solo guía, sino que también conforma un sentimiento de identidad y pertenencia.

¿Qué es un refrán? Producción y legitimación de los saberes ancestrales

A pesar de que existen todas estas formas de saberes, nos enfocaremos en los saberes teóricos, y en particular en los refranes. Pero ¿qué es un refrán? El refrán es una frase sentenciosa, que trata de dar valor universal sobre el actuar de los hombres. Su poder radica en su sabiduría y en el grado de certeza que tiene para prever o justificar el comportamiento humano; sin mencionar que es un “dicho agudo y sentencioso de uso común (...) poético que en sentido directo o alegórico y, por lo general en forma sentenciosa y elíptica, expresa un pensamiento a manera de juicio en el que se relacionan por las menos dos ideas” (Calderón, 2011, p. 90).



El refrán es una construcción social específica y solo tiene significado para los conocedores del refrán. Nunca es completamente puro, ya que su origen es variado. Puede observarse el origen de un refrán a partir de la literatura, por ejemplo, el *Quijote* nos ha entregado varios refranes como «a buen entendedor, pocas palabras», «a Dios rogando y con el mazo dando», «cada oveja con su pareja» etc. (Pérez Martínez, 1993). Al igual hay varios refranes que salieron de pasajes bíblicos como el tan famoso “nadie es profeta en su propia tierra” sacado de San Lucas 4:24 (Manero Richard, 2011); o de un acontecimiento histórico que se vuelve mítico, como la frase del presidente revolucionario General Álvaro Obregón, donde en uno de los enfrentamientos de la *revolución mexicana* lo alcanzo una granada y perdió el brazo derecho. Cuando llego a ser presidente entre los tumultos políticos entre el congreso y el presidente, llego a decir «Ningún general aguanta un cañonazo de 50 mil pesos». El significado de este refrán es muy potente en la cultura mexicana, reflejando el gran problema de corrupción hereditaria que sufre el país. Como se puede observar, los orígenes de los refranes son variados, lo único que podemos congeniar es que “los refranes, no puede describirse de un modo adecuado sin relacionarlo con la cultura, pues en muchos casos la inferencia que se realiza para pasar del significado literario al figurado se basa en conceptos basados en la cultura”. (ibid., p. 35). El poder histórico del refrán lleva tras de sí la sabiduría de generaciones pasadas. Estas solo pueden aparecer cuando son recordadas y pronunciadas, son pequeñas historias vivas y en las cuales:

“Esta constatación no puede extrañarnos (...) Con respecto al rechazo del sentido por la mayoría silenciosa dejaba adivinar ese desinterés y desapego de los refranes hacia la Historia, la de los hechos de armas, la de los personajes denominados «históricos» y de quienes se nos dice que han hecho la Historia. Esta expresión no podría aplicarse evidentemente a esa otra historia (con h minúscula), la que interesa únicamente al hombre del refranero y de las «mayoría silenciosas»: la historia de los individuos «sin cualidades», que nos que no ven más allá de su entorno inmediato ni de los nimios hecho de su existencia. Todas esas gentes que «olvidan» fácilmente que lo que no es «su mundillo diario». El refranero y, de forma más general, los folclores nacionales, ilustran esa facultad de olvido de los pueblos”. (Combat, 1996, p. 20).

El refrán son expresiones culturales que “pretenden transmitir enseñanzas sobre la vida (...) son consejos para evitar escollos de la vida (...) es en ese sentido, una especie de vademécum para las ocasiones peliagudas con las que antes o después se las tendrá que ver el hablante” (García Borrón, 2016, p. 20). Los refranes son cortos para aligerar la memoria, por eso se requiere que sean breves para una mayor permanencia y



retención en la memoria y en el tiempo. Aunque hayamos dicho que el origen de los refranes es variado, su transmisión es meramente oral. Pérez Martínez a completa diciendo:

“Los refranes son expresiones sentenciosas, concisas, agudas, endurecidas por el uso, breves e incisivas por lo bien acuñadas, que encapsulan situaciones, andan de boca en boca, funcionan como pequeñas dosis de saber, son aprendidas justamente con la lengua y tienen virtud de saltar espontáneamente en cuanto una de esas situaciones encapsuladas se presenta. «Los dichos de los viejitos, son evangelios chiquitos», dice un refrán español que aún perdura entre nosotros”. (1993, pp. 29).

Ese andar de boca en boca lo convierte en que sea algo sencillo de memorizar. Dentro de la memoria colectiva, el refrán se refugia y se conserva. Solo sale a la luz cuando sentencia la acción. En el momento en que ocurre la situación del refrán, esta cobra vida y engloba el resultado de la significación del refrán. Por ejemplo, cuando alguien llega tarde para presentar un examen de admisión universitaria y ya no lo dejan presentar, el refrán “al que se duerme, se lo lleva la corriente” cobra vida y enjuicia la acción presente.

Al final podemos decir, que el refrán es una máxima de saber teórico folclórico que sentencia el devenir de una acción presente para prevenir o enjuiciar, y cuyo valor recae en su veracidad empírica.

Del pueblo para el pueblo y del Refrán al Refranero. Institucionalización de los saberes ancestrales

Retomando, se había dicho que los refranes son una construcción social ancestral, hecha por los sabios anónimos que son llamados ancestros. Ellos con su experiencia construyeron formas lingüísticas pragmáticas, que eran transmitidas de generación en generación. Las nuevas generaciones cargan en sus hombros el valor de estos conocimientos. Estos saberes siempre se van a presentar en el momento más específico. “En todo caso las nuevas tradiciones siempre cargan sobre sus espaldas, como patrimonio del cual no podrán (..) desprenderse, la tradición fundante (...), no muere del todo y que alguna vez, cuando se haga otra vez necesaria, quizás resucite de sus cenizas” (Pérez Martínez, 1994, pp. 186). En consecuencia, los herederos del refrán son puestos en el juego de la vida, donde cada acción es una puesta al azar. Toda acción empleada por los hombres se vuelve algo pragmático porque constituye un orden, en consecuencia, todo el mundo hace lo que tiene que hacer.



En su estructura el refrán solo puede ser dicho cuando *se cumple la premisa*. Esto provoca el surgimiento de una realidad sui generis, en donde el augurio de la premisa genera en el receptor una especie de fe ante lo ocurrido, y el lazo de la teoría se refuerza con la materialidad de la situación prevista. Esto en consecuencia de que “es una síntesis de la sabiduría popular que se acumuló a través de los siglos en la vida de nuestro pueblo, el que lo ha recogido y hecho parte de su propia forma de expresarse y ser.” (Appendini, 2006, p. 7). Es así como el refrán recae en una comunidad muy específica que aquí llamaremos el pueblo.

El pueblo son todos los participantes conglomerados de un grupo que los une un lazo de mentalidad folclórica, es decir, que su pensamiento recae en una suerte de cohesión mecánica donde todos los integrantes los une la cultura y sus tradiciones. La realidad social hace una mescolanza de valores que refuerzan los lazos sociales, entre más unidas estén las personas, este lazo se hace mas fuerte y duradero, así Berger comprende “cómo la actividad del hombre constructora del mundo es siempre inevitablemente una empresa colectiva” (2006, p. 21), es decir, que la estructuración de realidad es una empresa donde todos los miembros siempre participan. Es decir, que sus prácticas y creencias se *institucionalizan*. *Y continúa diciendo* “La realidad empírica (...) es siempre una realidad social. Cuando los hombres manufacturan instrumentos o útiles, inventan lenguas, se adhieren a determinados valores, crean nuevas instituciones, lo hacen siempre *juntos*”. (ibidem).

La institucionalización del refrán se da en primer termino como forma de expresión oral, es decir, su transmisión es narrada de boca en boca, de generación en generación, de padres a hijos. Es decir, bota y retorna al pueblo y sus hablantes. Todos poseen un poquito de su sabiduría, porque saben que en ella recae una verdad mas fuerte y que mantiene la coherencia integrativa del mundo real. Como habíamos dicho, es verdadero porque el pueblo cree que así lo es, pero también porque dentro de sus predicciones, estas se cumplen “independientemente de sus propiedades textuales, son maneras de hablar muy apreciadas por el pueblo en cuyo seno funcionan. Existe (...) una conciencia clara, en el habla popular, del aprecio que la misma habla del pueblo tiene por los refranes. (Pérez Martínez, 1996, pp. 83).

En un segundo plano, el refrán deja de lado su estructura oral para trasladarse al mundo lingüístico. Sufre una segunda institucionalización, esta vez de forma académica. En contraste a esto, “si el refrán (...) es la transmisión de una herencia cultural, se puede



decir que, desde sus orígenes y por naturaleza (...) fue de índole oral y sólo posteriormente (...) se guardó en colecciones y textos escritos que aquí llamaremos refraneros.” (Pérez Martínez, 1996, p. 89).

El refranero se convierte en la acumulación tangible saberes populares que serán transcritas en papel, y ordenadas según los criterios académicos de cada refranero. Algunos de estos refraneros llegan a contar la historia y origen del refrán, otros solo se dedican a explicar el significado de los refranes, y otros hacen una combinación de ambos; siempre impregnándoles un sentido cultural e identitario a cada refranero. Así el refranero mexicano se distingue el refranero español. Combet, haciendo un estudio comparativo sobre el refranero español y la sabiduría humanística, contrasta la lucha de validez de los refranes ante posturas más complejas como la filosofía, agregando:

“Los refranes de mayor interés para el examen de la función del refranero castellano son los que suelen llamarse «morales», o, a veces, «filosóficos». A mi modo de ver, sería más exacto calificarlos de psicosociológicos, puesto que se trata de enunciados de índole demostrativa o persuasiva, que atañe es esencialmente a la vida afectiva y al comportamiento de los individuos en su relación con los miembros de la sociedad, y qué formula o sugiere avisos y consejos (...) se trata pues aquí de esos refranes de las viejas, cuyas advertencias constituyen la famosa sabiduría popular, que los humanistas españoles llamaron también «filosofía vulgar» por oposición a la «gran» filosofía profana (...). (Combet, 1996, p. 823).

Sí observamos, vemos que la tradición paremiológica se remonta hasta el siglo XV en España. Pérez Martínez, gran investigador de los refranes en México, hizo un trabajo exhaustivo sobre la historia y origen de varios refranes, yéndose hasta encontrar los primeros textos paremiológicos del habla hispana. Entre ellos se encontró con que:

*“En cuanto a la paremiología castellana, cabe al Márquez de Santillana el honor de ser el primer coleccionista de refranes con sus *refranes que dicen las viejas tras el fuego* y a Gonzalo Correas el más vasto y conocido paremiólogo con su *vocabulario de refranes y frases proverbiales y otras fórmulas comunes de la lengua castellana, en qué van todos los impresos antes y otra gran copia que junto el maestro Gonzalo de Correas, catedrático de griego y hebreo en la Universidad de Salamanca, cómo dice la edición de la RAE*”. (1987, p. 33).*

No es de extrañar que el origen de varios de nuestros refranes provenga de España. Siendo que la mayor parte de los países hispano hablantes fueron conquistados por



España. Sin duda, esto ocasiono una completa simbiosis cultural que marco la mentalidad de las regiones colonizadas por España. Dentro de los mecanismos de regionalización es que se fueron apropiando y posteriormente se fueron diferenciando de su origen. Así los refranes fueron transmutándose en ejemplos mas vistoso para las nuevas regiones, construyendo una nueva identidad lingüística. Así con todo orgullo puedo decir que en México “Los refranes, los dichos, dicharachos y juegos de palabras, Refleja la más pura idiosincrasia del mexicano, caracterizado por la picardía, el ingenio, la hospitalidad, la alegría de vivir, el sentimentalismo y lo cáustico; características que lo distinguen de todos los pueblos del mundo” (Appendinni, 2006, pág. 7). Muchos de nuestros refranes reflejan un sentimiento de nuestra nación, que pueden ser representado por nuestra gastronomía, por ejemplo «para frijoles, en mi casa», ya que el frijol es uno de los alimentos más representativos de México, y el significado el refrán es que para ver o hacer algo en otra parte, uno lo puede hacer o ver mejor en su casa. Otro es «a darle que es mole de olla», el mole es una preparación gastronómica mexicana demasiado compleja y laboriosa donde se usan varios elementos gastronómicos propios, su elaboración es muy tardada, de ahí la analogía con el refrán, que dicta que si uno tiene que hacer las cosas de una vez y con calma y paciencia para que quede bien. o nuestras flora y fauna. Hay un sinfín de mecanismos interpretativos para comprender el significado de un refrán. Pero volvemos a lo mismo, su significado siempre será identitario de una región, solo los miembros herederos de este saber lo comprenden, porque es parte de su cultura y de su andar en la vida. El proceso de institucionalización va más allá de simple significado lingüístico, sino que además carga un valor folclórico en relación con sus miembros y sus ancestros que ya le dieron legitimidad a este saber.

Presagios y premoniciones. La universalización contextual del refrán

Como hemos visto, el refrán guarda dentro de sí la experiencia de los ancestros. Pareciera que tienen un poder clarividente de predecir o de explicar porque se dan ciertas situaciones. Pero nada mas alejado de realidad. Recordemos que su legitimidad se da en relación con el cumplimiento de la situación paremiológica. Es decir, que solo en el momento en que surja la situación de la paremia del refrán, este es citado para hacer énfasis de la situación prevista. Cuando decimos «el que con lobos anda, aullarse enseña», su significado es que dependiendo con las personas que te juntes, tu personalidad será acorde a la del grupo. Esto es lógico, porque al ser todos seres sociales, adoptamos comportamientos, actitudes y pensamientos similares a los grupos que pertenecemos. Este refrán cumple dos cosas, una es la veracidad social y legitima



del grupo que lo pregona, y por otra, una verdad que se expresa mucho en las ciencias sociales. Por eso parece que los refranes son leyes universales. Pero no, solo son el reflejo de la construcción social, es lógico que se manifiesten los presagios de los refranes, porque al ser construcciones sociales, son expresión misma de las experiencias que son enseñadas y transmitidas, por ende “el rango contextual de un refrán es definible como el conjunto de situaciones tipo a la que se aplica válidamente en una sociedad”. (Pérez Martínez, 2002, p 34). Su relación recae en “la aplicabilidad de un refrán a una situación dada es percibida en términos de una escala de aceptabilidad que va de lo inaceptable a lo aceptable, y que forma parte de la competencia comunicativa de la Comunidad de hablantes en cuyo seno funciona refrán” (ibidem).

El refrán convierte la situación en una premonición que engloba la credibilidad de los herederos. Análogamente vemos que la “La fijación se entiende como la propiedad que tienen ciertas expresiones de ser reproducidas en el hablar como combinaciones previamente hechas -tal como las estructuras prefabricadas, en arquitectura “. (Zuluaga, 1975, p. 230). Y así, el refrán cobra sentido textual dentro del contexto social implícito. Su universalidad recae en la cosmovisión individual de cada pueblo. Para todos los miembros esa realidad se presenta como única y verdadera. Así todo lo que ocurre dentro de la premonición se asemeja a ese pequeño breviarío que “capta el sentido global de una situación de diálogo, la resume o la reduce a su mínima expresión por medio de rápido proceso de abstracción, la simboliza y luego la compara con la situación ya encapsulada en el refrán”. (Pérez Martínez, 1996, p. 66). Los herederos viven la experiencia del refrán y la declaran con tanta picardía que parece una burla a misma situación. Como sino bastara con enunciarla, sino que se tiene que enfatizar la pronunciación el mismo refrán. Gobiernan la vida de los hombres del pueblo y la sentencian a creer que no hay verdad mas pura y exacta que la de los refranes. Con esto decimos que:

“(…) diversos vestigios que muestran con claridad que los refranes tienen en la conciencia popular el rango de verdades puras que sirven para gobernar en la vida y para gobernar a otros; que, en tanto que verdades, no engañan a nadie; que son los mandamientos a los que se puede atender, con confianza, el pueblo que los transmite de boca en boca como los remedios caseros; y que, en la medida en que constituyen la herencia de los ancestros, son buenos de manera que, aunque andaban en boca del vulgo, no son vulgares sino que tienen un rango de nobleza que los hacen dignos de estar escritos con letras de oro; son, en efecto, el prototipo de toda sabiduría, pues como



dice un refrán «quien refranes no sabe, ¿qué es lo que sabe?» (Pérez Martínez, 1996, p. 83).

No debe extrañarnos el poder que ejerce el refrán sobre los hablantes, puesto que son ellos los que hacen que el refrán viva y tenga sentido. El refrán como tradición se vuelve repetitivo. Su simpleza y su forma tan sintética permea en la mente de cada miembro que lo halla escuchado. Las situaciones, pese al tiempo, se vuelven predecible, casi inmutables, no obstante, “son verdades sociales que al mismo tiempo que tienen validez discursiva por encima de toda sospecha: constituye el corazón de las tradiciones de un pueblo y el pueblo los suele guardar en su corazón como se guarda un legado ancestral”. (Pérez Martínez, 1996, p. 84). Aunque parezcan leyes sociales, no lo son, porque la sociedad cambia, y siempre vendrán nuevos refranes, algunos se irán, y otros se modificaran dependiendo de la ocasión y el lugar donde se encuentre. Por que al final de cuentas:

“Hemos partido de que los refranes, como denominaciones, pueden utilizarse para designar ocurrencias de la situación-tipo que denotan, de modo que cada situación a la que se aplica el refrán se concibe como una ocurrencia concreta, es decir coma como un ejemplo del modelo situacional establecido por la paremia. En consecuencia, los refranes han de considerarse verdades en tanto se adecuan a la situación a la que se aplican en un contexto determinado”. (Manero Richard, 2011, p. 59).

Conclusión

Como investigadores de las ciencias sociales, debemos entender que por más exactos y precisos que nos resulten los refranes, no se debe creer que son leyes universales. Solo son preceptos sociales que guían el devenir de los pueblos. Para el logos son verdades absolutas e inmutables. Les sirve para darle una explicación lógica a todos los comportamientos y sus situaciones explícitas.

Los refranes funcionan en los pueblos porque prevén y cumplen con su significación. Sin eso, el refrán no tendría sentido. Ayudan a cohesionar los lazos epistemológicos de los pueblos, y crean una identidad peculiar sobre como ven y entienden su realidad social.

El refrán es mas que solo una frase bonita, es una sentencia de verdad predictiva y comprensión de ethos cosmogónicos de los pueblos. Es casi imposible pensar que una sociedad no tenga un refrán o algo parecido a él.



Al final de cuentas, «quien no sabe de refranes que sabe».

Referencias Bibliográficas

- Appendini, G. (2006). *Refranes populares de México*. México; Porrúa.
- Berger, P. (2006). *El dosel sagrado*. Barcelona, España; Kairós.
- Calderón, M. (enero-junio de 2011). El refrán, poesía en la posmodernidad. *Escritos Revista del Centro de Ciencias del Lenguaje*, 43, pp. 89-107. Recuperado de http://cmas.siu.buap.mx/portal_pprd/work/sites/escritos/resources/LocalContent/51/1/05%20mario_calderon%2089-107.pdf.
- Combet, L. (7 de diciembre de 1996). Los refranes en la literatura. *Euskera*, 41(3). 821-839, recuperado de <https://www.euskaltzaindia.eus/dok/euskera/49706.pdf>.
- Combet, L. (1996). Los refranes: origen, función y futuro. *Paremia*, 5, pp. 11-22, recuperado de https://cvc.cervantes.es/LENGUA/paremia/pdf/005/002_combet.pdf.
- García Borrón, J. P. (2016). *Un viejo maestro de lengua: el refranero*. Barcelona, España; Universidad de Barcelona.
- González Acosta, M. (Julio-septiembre de 2015). La emergencia de lo ancestral: una mirada sociológica. *Espacio Abierto*, 24, pp. 5-21. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12242627001>.
- Halbwachs, M. (2010). *La memoria colectiva*. Buenos Aires, Argentina; Miño y Dávila.
- Heller, Á. (1977). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona, España. Península.
- Manero Richar, E. (2011). *Perspectiva lingüística sobre el refrán: el refranero metalingüístico del español*. Frankfurt, Alemania; Peter Lang.
- Parsons, T. (1966). *El sistema social*. Madrid, España. Revista de Occidente Madrid.
- Pérez Martínez, (1987) H. Hacia una paremiología mexicana. *Relaciones (Colmich, Zamora)*, 8(30), pp. 29-59, recuperado de <https://www.colmich.edu.mx/relaciones25/files/revistas/030/HeronPerezMartinez.pdf>.
- Pérez Martínez, Herón. (1993). *Refrán viejo nunca miente*. México: El Colegio de Michoacán.
- Pérez Martínez, H. (1994). Los mecanismos de la tradición: un caso. *Relaciones (Colmich, Zamora)*, 15(59), pp. 181-208, recuperado de <https://www.colmich.edu.mx/relaciones25/files/revistas/059/HerenPerezMartinez.pdf>.
- Pérez Martínez, Herón. (1996). *El hablar lapidario: ensayo de paremiología mexicana*. México: El Colegio de Michoacán.
- Pérez Martínez, Herón. (2002). *Los Refranes del hablar mexicano en el siglo XX*. México: El Colegio de Michoacán.



Poviña, A. (1944). Sociología del Folklore. Pp. 1551-1598, recuperado de <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/REUNC/article/viewFile/11004/11582>.

Soublette Amussen, G. (2016). Semblanza del sabio popular anónimo. *Aisthesis*, 60, pp. 235-250, recuperado de <https://bit.ly/3hCX75x>.

Zuluaga Ospina, A. (1975). *La fijación fraseológica*. *Thesaurus*. 30 (2),225-248. Recuperado de <https://cvc.cervantes.es/lengua/thesaurus/boletines/1975.htm>.